

Oraciones

Ana María Vallejo de la Ossa

XXVII Premio Nacional de Literatura Universidad de Antioquia 2010, modalidad Dramaturgia

Introducción

No somos tres como en los típicos chistes nacionalistas. Somos ocho, y eso le quita ligereza a nuestro encuentro, aunque no gracia; lo enreda. Pero sí hay un argentino, también hay un chileno, un brasilero y un boliviano. A ellos los acomodan en dos cuartos, en el mismo corredor en el que está el de las mujeres, que es uno solo con cocina en la mitad. Hay que consentir a las chicas, según la organizadora, y dejarnos la cocina y el saloncito le parece la mejor manera de hacerlo. Conmigo, que soy colombiana, comparten el cuarto una flaquita uruguaya y, del otro lado de la cocina, duermen la brasilera y la española. Nos traen aquí porque nos invitaron a una residencia, y porque la política de descentralización impide que todos los artistas se queden amontonados en el D.F. Eso a otro colombiano, que tiene el proyecto de autorretratarse constantemente bajo disfraces diversos, lo destrozó; se enamoró el día de la llegada de otro muchacho que mandaron a Oaxaca, y a él lo dejaron en el D.F. donde, en las horas libres, se dedica a emborracharse con un escultor canadiense en la calle Garibaldi.

La cosa es que es aquí, en el centro cultural de las artes de Guanajuato, Exconvento de San Juan de Sahagún, donde me toca a mí con otros siete creadores, como decía la primera carta que me enviaron.



Yaneth Cecilia Mesa Martínez, Este no es el mismo Lovaina de antes, video instalación, dimensiones variables, 2009.

Cuando en el D.F. hablaban del destino de los de escénicas, los organizadores se miraban con una sonrisa discreta, un tanto enigmática, y entonces de Salamanca sólo decían que era una pequeña ciudad industrial; sin detenerse en eso, pasaban a describir las virtudes del bello Exconvento, su patio central y sus palmeras y sus generosos salones de grandes ventanas que seguro nos inspirarían a todos. Y sí.

A Salamanca llegamos de noche y ya éramos amigos porque ese acercamiento toca hacerlo rápido; la estadía dura tres meses, los preámbulos media hora y los romances y las peleas y los dramas se desarrollan en un tiempo proporcional al de esos primeros acercamientos íntimos en el bus que nos trae al centro de México. Entrando por una calle lúgubre que anuncia lo que viene, sólo vemos brillar, no muy lejos del centro, las llamaradas de las refineries y tenemos que cerrar las ventanas del bus porque el olor de la ciudad es infecto.

El Exconvento es como dijeron, pero también huele muy mal. El humo y ese hedor no me permiten dormir tranquila y nos enferma por turnos a los ocho a lo largo de estos extraños meses aquí. Vine a escribir una obra inspirada en la historia del gran inquisidor que Iván le relata a Aliocha en *Los hermanos Karamazov*. Me había propuesto construir el personaje de un Cristo errante quien, después de ese duro juicio que el inquisidor le hace en Sevilla, llega al México de las evangelizaciones. Un Cristo que sería siempre un testigo silencioso e impotente de dolorosos momentos en la historia americana, pero el ahogo que el olor concentrado en los corredores y cuartos del lugar me produce, limita la imaginación y solo me permite pensar en el destino de esta triste ciudad y en sus realidades, tan latinas, tan nuestras. Es este Exconvento, con su pasado y su presente de tedio lo que me obsesiona, y descubriéndolo me asomo a la historia de Salamanca, y desde ella a la historia de México, y desde ese viaje a nuestras propias vidas de aspirantes a artistas latinoamericanos; a la mía, claro.

Son pues, pequeños instantes rescatados de varios siglos de historia en el Exconvento lo que aquí se presenta, sus fantasmas que recorren los corredores sombríos desde el siglo XVII y que me visitan en nuestras tardes de aburrimiento, cuando los ocho nos sentimos unidos por una fastidiosa sensación de vacío y nos sentamos juntos a animarnos con bromas flojas en el patio.

[...]

||

La hoguera

Aquí viene la oración de La Negra Elena, que espera ser trasladada, condenada a arder en la hoguera de la Santa Inquisición de Querétaro, acusada de preparar hechizos amorosos, sangrar cada mes y adorar al diablo, pero sobre todo, impúdicamente, a los hombres.

Una Vieja Monja se recuesta fatigada contra uno de los fríos muros del patio del convento; tiene un rejo en la mano. Más allá, también recostada al muro, sudando, como si acabara de parir en medio de terribles dolores, la esclava va deslizando su espalda por la pared hasta caer al suelo del corredor.

La Vieja Monja:
Ya no estoy para estas tareas.

La Negra Elena:
Doscientos azotes.

La Vieja Monja:
¿Los contaste?

La Negra Elena:
Sí. Aprendí a contar, contando azotes.

La Vieja Monja:
Aprendiste a contar cobrando caro por tus asquerosos brebajes de bruja.

La Negra Elena:
Lo que sé de aquí, lo aprendí aquí, en su convento:

Señora Santa Marta
Santa Marta mía, señora mía
Mía sois porque aquí te tengo
Y de aquí no te suelto
Digna sois y santa
Y santa yo, que a mí te ato
Por el monte Tabor entrastes
Llena de gracia y de poder llegastes
Cantando y bailando llegastes
Y con la brava serpiente topastes
Y a la culebra agarrastes
Y con el cinto de su atar la atastes
Y por la puerta del pueblo entrastes
Cantando y bailando llegastes
Así como es verdad es verdad lo que mando a buscar...

La Vieja Monja:
¡Calla esclava! O no, habla si quieres, por eso me enviaron a mí, porque a mí nada de lo que dices o haces me asusta, y no me asustan tus ojos oscuros de loba furiosa, ni tu enorme boca blasfema, ni tu olor incomprensible que según las lenguas ociosas de los mineros enloquece. Nada de eso me da miedo, ya no, hace mucho que nada me da miedo.

La Negra Elena:
Tampoco a mí. Tampoco a mí. Antes me dio miedo la cadena, y el barco, y la mar rabiosa, y la muerte de mi lengua y de mi canto me dio miedo.

(en voz cansada, apagada por el dolor, la negra canta en Bantú)

Después llegué a Las Canarias y vi a las negras y a las blancas sufrir de amores y fui útil en sus tristezas y ya no tuve temor de las mías.

(unta sus dedos temblorosos con la sangre de su propio cuerpo latigado)

También estas heridas rojas serán pronto cicatrices, benditas cicatrices pa' tocar y besar, dicen mis negros, y sus blancos que también en mí creen y conmigo rezan, desnuditos y contentos y entregados rezan. ¿Me van a quemar?

La Vieja Monja:
Por aquí hace mucho que no queman a nadie. La Santa Inquisición te destierra, después de tus bien ganados doscientos azotes.

La Negra Elena *(riéndose a carcajadas)*:
¿Me destierran?

La Vieja Monja:
Te vas a Cuba.

La Negra Elena:

De Cuba vine.

La Vieja Monja:
Pues a Santo Domingo o a Puerto Rico, grande es el mundo como para que no



José Fernando Pareja Higuera, De la serie Toys Locomotion, animación con 3D flips sobre tornamesa, dimensiones variables, 2010

podamos poner tierra y mar entre nosotros y tu maldad.

La Negra Elena:
Por allá también pasé. Por allá también.

La Vieja Monja:
Conocerás las cárceles de Cartagena de Indias entonces y allí te burlarás de la Santa Iglesia desde tu boca oscura, ya sin dientes, desde la cueva odiosa de tu garganta ya sin lengua, desde la frialdad de tu corazón, ya sin consuelo, desde el temblor de tus manos siniestras que no podrán ya ahorcar a ningún amo blanco.

La Negra Elena:
No olvide que soy yo la que veo el porvenir, y nunca los granos me dijeron que sería como usted, mujer muerta y sin olor y sin placer y sin amor, nunca. Porque soy yo la que sabe y supe, con asomarme apenas a la baba amarillenta de sus ojos marchitos, que mi señor la condenó desde siempre y para siempre al frío eterno. Siga si quiere madrecita, pegue y pegue hasta que le llegue algún calorcito, que de mí salen candelas cuando bajo a bailar a sus infiernos y cuando grito y cuando me revuelco enamorada con mis diablos por los caminos secretos, de mí salen candelas. Si quisiera

beberse un poquito de esta sangre mía, se calentaría todita para la eternidad mi madrecita bendita. Ya ardo.

La Vieja Monja:
Te traje este vestido para el viaje.

La Negra Elena:
¿Negro?

La Vieja Monja:
Negro.

La Negra Elena:
No soy viuda, el diablo sigue vivo. Pero me lo pondré mañana, cuando sane mis heridas con una oración que conozco, y tendré buena mar con otra que detiene tempestades y si alguien me quiere de vuelta ya saben que deben orar a media noche y después de beber las yerbas buenas:
Yo te conjuro Diablo de la plaza
El terrible el temible
Diablo te conjuro
Que la traigas a casa.
Que vuelva ella ya
Que vuelvan sus manos
Que vuelva su boca
Que vuelva su vientre
Que vuelvan sus pelos
Sus uñas, sus dientes
Yo te conjuro diablo cojuelo
Devuélvela a casa y con ella el consuelo
Devuélvela ya
Diablo cojuelo
Yo te conjuro diablo de la Carnicería
¡Qué la traigas, ay sí!
¡Que la traigas, ay no!
¡Que me la devuelvas, sí!
Entera y de prisa devuélvela a casa
A la que oye
A la que sabe
A la que habla
A la que canta
A la que goza
A la que aprieta
A la que gime y reza
A la que entera es mía
A la que toda es tuya
A la que es cuerpo y alma

Diablo Cojuelo yo te conjuro
Que me la traigas del corazón, y del pulmón
y del riñón...

La Vieja Monja se aleja por el corredor y la negra ríe adolorida en el suelo.

Ana María Vallejo de la Ossa es actriz, dramaturga, directora y docente. Realizó estudios en Nueva York (Stella Adler School), en París (Sorbonne) y en Medellín, y ha trabajado con múltiples artistas en proyectos tan diversos y valiosos como con Paolo Magelli, la Compañía Dromesko y Río Teatro Caribe. Ha publicado sus obras: *Pasajeras*, *Magnolia perdida* en sueños y *Pies hinchados* (mini play encargado por el Royal Court Theatre de Londres). Dirigió la Escuela Nacional de Arte Dramático de Colombia y el Departamento de Eventos Especiales del Festival Iberoamericano de Bogotá, y actualmente trabaja con la Casa del Teatro Nacional de Bogotá.

Carlos Enrique Lozano, Rolando Hernández y Henry Díaz Vargas, jurados del XXVII Premio Nacional de Literatura Universidad de Antioquia 2010, modalidad Dramaturgia, otorgaron de manera unánime el Premio a la obra *Oraciones* de Ana María Vallejo de la Ossa, al considerar que "la obra propone un tratamiento novedoso de la escritura dramática en el que se complejiza la relación entre el autor y su texto, generando una pieza donde se conjuga lo biográfico con una temática de carácter hispanoamericano, pues su contenido presenta el desarrollo de una problemática que ha afectado a los países latinoamericanos ancestralmente".